



CAPITULO XXXIII

Inacción del ejército de Galicia: Santocildes sucede á Mahy.—Encuentros ventajosos de Ubeda y la venta del Baul: nuevo congreso catalan: choque ventajoso en Figueras: marcha vandálica de Macdonald á Barcelona quemando á Manresa: represalias: toma sorprendente de Figueras, por sorpresa: sitio de Tarragona: se resuelve en consejo la evacuación de Cataluña por el ejército: le reemplaza Lacy, que se retira á Solsona: marcha admirable de Gasca: Monserrat: lo ataca y toma Suchet: Macdonald rinde á Figueras: Suchet regresa á Aragon.—Expedición de Blake á Valencia: derrota de Zujar: Mahy reemplaza á Freyre.—Expedición de Suchet á Valencia: sitio del castillo de Sagunto ó Murviedro: Capitulación de Sagunto.—Cataluña: Lacy ocupa y fortifica las islas Medas: excursión en Francia: Decaen sucede á Macdonald.—Aragon: el Empecinado y Duran ocupan momentáneamente á Galatayud: excursión de de Mina á esta provincia.—Andalucía: expedición de Ballesteros á la Serranía de Ronda, bizarra defensa de Tarifa.

Hubieran tenido ménos fortuna los franceses en la campaña de Extremadura, si en los extremos de la línea fronteriza de Portugal en que vinieron á operar, hubiesen auxiliado como convenia á nuestros ejércitos. Pero ni Galicia ni las Andalucías, fuera de Cádiz, supieron comprender la importancia de sus servicios en aquella ocasión, limitando sus miras á pequeñas correrías, que cuando más podían inquietar solamente á las fuerzas destinadas por el enemigo á su observación en cada provincia.

Por fortuna, cuando Castaños juntó al mando del 5.º ejército que ya tenía, el del 6.º para dar unidad á las operaciones, Santocildes, el ilustre defensor de Astorga, fué destinado á reemplazar á Mahy. El cambio se hizo notar inmediatamente. Mejoróse en breve tiempo la instrucción, la disciplina y la situación del ejér-

cito, y un sólo movimiento bastó, oportunamente ejecutado, para producir la evacuación de Asturias por los franceses, en vano pretendida hasta entonces en multitud de choques. El movimiento fué el avance de todo el ejército á Castilla, ménos la división de Losada, que se dirigió á Oviedo, á principios de Junio, cuando Marmont partía á Extremadura. Los franceses del principado, temiendo ser en él encerrados, y los que guarecían Astorga, no osando resistir fuerzas tan superiores, evacuaron sus posiciones respectivas, retirándose los primeros á Leon, y los segundos á Benavente.

Persiguiéndoles, el ejército español se situó á la derecha del Orbigo, de donde, confiados en la superior instrucción de sus tropas quiso hacerles cejar el general Valletaux. Atacó á Taboada el 23 en Cogorderos, á la derecha del Tuerto; pero los españoles se resistieron los bas-

tante para que la brigada asturiana de Castañon acudiese en su auxilio, y la división francesa fué completamente derrotada, dejando en el campo á su general. Pocos dias despues hizo Santocildes un reconocimiento sobre las orillas del Orbigo consiguiendo rechazar de allí al enemigo.

Con este cambio de fortuna, no sólo varió el aspecto de la guerra en aquellas tierras sino que, reanimado el espíritu público, se pudo emprender la formación de un 7.º cuerpo en Liébana, constando ya el reunido hácia Leon de diez y seis mil hombres.

En el extremo opuesto de la línea fronteriza faltaron tambien hombres que supiesen aprovechar las ventajas del terreno y la decisión de los moradores de la Serranía de Ronda sin exceptuar las mujeres.

En Granada y Murcia hubo la misma inacción y flojedad hasta que Sebastiani amenazó con otra excursión á las frondosas orillas del Segura. Freyre, que habia quedado al frente del ejército español cuando lo dejó Blake para ir á ocupar un puesto en la regencia, se retiró de Lorca hácia la costa á la aproximación del enemigo (Febrero); pero volvió luego sobre sus pasos avanzando hasta la venta del Baul, porque Sebastiani, enfermo, habia tenido que replegarse á Baza y á Guadix. Desde allí destacó el general español la división de la Cuadra por la derecha, camino de Ubeda, contra la cual recayeron pronto fuerzas de Jaen y Andújar, temerosos los franceses de que fuese su intento cortarles las comunicaciones con la corte ó caer de sorpresa por la espalda sobre Sebastiani. El primer encuentro fué en la misma ciudad de Ubeda el 15 de Mayo, siendo tres veces rechazados los franceses con grande pérdida, y el segundo en la venta del Baul, tambien en daño suyo, teniendo que retirarse hasta Guadix. Por la izquierda destacó Freyre igualmente al conde del Montijo con dos regimientos que, aproximándose á Granada, pusieron á Sebastiani en cuidado al punto de fortificar las avenidas y hasta el célebre palacio morisco de la Alhambra.

Drouet, llegando con el 4.º cuerpo á las Andalucías, vino oportunamente á libertarlo del conflicto en que lo tenía la escasez de fuerzas,

De esta suerte pasó á Francia á restablecer su salud, ménos desairado por la fortuna de lo que temiera, sucediéndole uno de los generales más antiguos en la guerra de España, Leval.

En Valencia aún fué mayor la inacción de nuestro ejército mientras lo rigió Bassecourt. Ansiando popularidad, convocó un Congreso de diputados de la provincia, á imitación de Cataluña, con objeto de reunir recursos y crear fuerzas. Ocupóse de esto la junta al principio; pero luego quiso, usando de su soberanía, examinar la conducta del general, y no tan sólo fué disuelta por el mismo, sino que fueron presos los oradores más ardientes (27 de Febrero). Las Córtes los pusieron en libertad y relevaron á Bassecourt con D. Carlos Odonnell, apresurando la publicación de un reglamento para las juntas, á fin de evitar nuevos conflictos, que podian ser muy funestos entonces, que la concordia era más necesaria para acudir en socorro de Tortosa.

El bloqueo de esta importante plaza, establecido, como ya sabemos, por los generales franceses de Aragon y Cataluña, Suchet y Macdonald, se habia convertido, ausente el activo y valiente Odonnell, en asedio formal y completo á mediados de diciembre del año anterior.

La antigua ciudad de Tortosa está tendida en el declive de un alto monte, cortado por el barranco del Rastro, hasta llegar á la orilla izquierda del Ebro, sobre el cual tiene un puente de barcas. Su situación sobre el paso de un río invadeable, guardando el interior del reino para los que por Cataluña acometan, y defendiendo á ésta de las excursiones de Valencia, le ha dado en todas las guerras una alta importancia. Romanos, godos, árabes, todos dejaron en ella memoria de su asiento y del afán de su conservación. Fortificáronla unos y otros con cuantos recursos conocia el arte en sus épocas; pero, como los medios de hostilidad fueron cambiando con los tiempos, hoy adolece como plaza militar, de notables defectos, sin contar los que presenta el terreno, de suyo irregular, apareciendo desde luego la falta de plan.

Diriase que habian ido levantando lienzos de muralla segun se vió sucesivamente acometida por este ó el otro lado. Puede, sin embar-



go, su fortificación dividirse en cinco frentes: el primero el que baña el río desde el baluarte de San Pedro hasta el torreón de la Careta, en cuyo centro está el puente de barcas, defendido por un fuerte rebellín; el segundo hasta las avanzadas del castillo de San Juan, es un antiguo muro almenado hasta el baluarte de la Victoria, cerca del cual, sobre un mogote, se alza el reducto del Bonete; el cuarto es el que media entre aquél y el del Cristo, y el quinto lo constituye el muro que va á cerrar el recinto en el de San Pedro. El castillo de San Juan, situado al Noroeste, antes de la Zuda, sobre la meseta de un terreno escarpado, es para Tortosa una verdadera ciudadela, con cisterna, silos, pozo y almacenes. El fuerte de la Tenaza y el de Orleans son puestos avanzados, el primero un cuarto de hora al Nordeste, con almacén de pólvora y algibes, y el segundo, que lleva el nombre de su fundador, en la guerra de sucesión, á unas doscientas varas delante del baluarte del Cristo, del cual lo separa un barranco profundo, pero unido, sin embargo, al recinto por medio de una doble caponera. El reducto del Rastro, levantado á ciento cuarenta varas sobre una eminencia, se comunica también por medio de un lienzo de muralla con el fuerte de las Brechas. Para que estos fuertes avanzados pudiesen llenar su objeto, se despojó la parte de Poniente del frondoso arbolado de olivo, morera y algarrobo que cubre la deliciosa vega tendida hasta la cordillera que á bastante distancia se divisa. Gobernaba la plaza el conde Alacha, bien reputado desde la retirada de Tudela, y tenía á sus órdenes unos siete mil hombres de guarnición, á los cuales se manifestaba decidido á auxiliar su vecindario, entonces de unas diez á doce mil almas.

Para cerrar el acordonamiento hizo Suchet atacar las alturas que hay por la izquierda del río, de las cuales fueron desalojados los españoles. Se enseñorearon también de otras que hay delante del fuerte de Orleans, con objeto de apoderarse de éste, como punto necesario para el ataque principal, el cual se propusieron dirigir por el baluarte de San Pedro.

El día 19 de Diciembre empezaron á abrir la trinchera á ochenta y cinco toesas de la plaza,

y el 25 había terminado ya la segunda, acercándose á treinta y tres de San Pedro. Para impedir su construcción hicieron los sitiados varias salidas con poca fortuna hasta la del 28 por la puerta del Rastro, protegida por los fuegos de la plaza y del fuerte de Orleans, en la cual rechazaron al enemigo de la primera á la segunda paralela. Pero cargando luego éste en mayores fuerzas, se recogieron los nuestros sin más fruto que haber destruido algunas obras. Los franceses, vueltos á sus posiciones con el enojo del rechazo que acababan de sufrir, rompieron al amanecer del día siguiente el fuego de sus baterías, que eran diez: cuatro contra el recinto por la parte de San Pedro, tres contra el fuerte de Orleans y el frente que protege, y las otras tres por la derecha del río contra el lienzo que baña, en particular contra el puente. Dos días después, todas nuestras baterías de estas partes del recinto habían sido acalladas, los sitiadores ocupaban la cabeza del puente y la brecha de San Pedro estaba casi practicable.

Alacha, herido y aquejado de la gota, decayó de ánimo hasta un punto vergonzoso, y aunque había entregado el mando á su segundo Uriarte, siguió interviniendo, para embarazar, más bien que impulsar, las operaciones. Uriarte, valiente en medio de las filas, carecía de la fortaleza de espíritu que se necesita para sostener un sitio en medio de los clamores que causan los destrozos, y le faltaba la capacidad necesaria para dirigir una defensa.

Notando el decaimiento del vecindario con motivo de las bombas, cuyos estragos no se habían prevenido por ningún medio, convocó á consejo de oficiales. La mayoría opinó por que se pidiese una tregua de veinte días, que era tanto como manifestar al enemigo la necesidad ó el deseo de descanso. Así sucedió que Suchet rechazó tal propuesta, y en la noche del 1 al 2 de Enero (1811) levantó otra batería á sólo diez toesas del baluarte de San Pedro, que abrió en pocas horas dos nuevas brechas. Uriarte, atendiendo al diferente espíritu de la población y los soldados, éstos decididos á continuar la resistencia, propuso que la ciudad capitulase mientras él se retiraría á los fuertes; mas Alacha se manifestó resuelto á entregar la plaza mandando



enarbolar bandera blanca. Siguió, sin embargo, el fuego Suchet porque no se le entregaba en prenda el fuerte del Bonete, hasta que Alacha baldon sobre él envió á decirle que no le permitía el estado de irritación de las tropas ajustar la capitulación si no le socorría. El general enemigo se presentó al punto, acompañado de su estado mayor, delante del castillo, cuyas puertas le abrió inmediatamente el medroso gobernador. Los soldados, llenos de indignación á la vista de un hecho que revelaba una traición infame, hicieron ademán de acudir á las armas; pero Suchet supo intimidarles, y apresurándose á concluir la capitulación, evitó los efectos de la exasperación en que se hallaban las tropas. Quedaron éstas prisioneras de guerra, siendo en número todavía de cuatro mil hombres.

La irritación que causó en toda Cataluña esta entrega estalló sobre la cabeza de Alacha con una condenación á ser degollado, que pronunció un consejo de guerra celebrado en Tarragona, y se ejecutó en estatua el 24 de Enero por estar ausente. Se le tuvo por traidor, y si no lo fué, pecó á tal punto de flaqueza que dejándose influir de los especuladores que le rodeaban, que bien merecía el castigo impuesto por las leyes y el pundonor militar á los cobardes. El tribunal nombrado á la vuelta de Fernando para examinar su conducta le absolvió; pero la opinión persistió en creer que ningún general, y ménos Suchet, conocido por su prudencia, se presenta delante de una batería enemiga pidiendo la rendición al frente sólo de su estado mayor, sin una secreta inteligencia que le asegure la impunidad.

El pueblo de Tarragona, no satisfecho con el espectáculo de la ejecución de Alacha en estatua, y pasando al extremo de temer en cada general un traidor, pidió la sustitución de Iranzo con el marqués Campoverde, á quien habían hecho querido del soldado y de las masas populares su buen comportamiento como general de división. Huyendo de exasperar á la opinión, hartó irritada ya, los oficiales superiores, reunidos en consejo, convinieron en que Campoverde lo aceptase interinamente hasta que el gobierno resolviese. Más adelante, el 17 de Febrero, susurrándose que D. Carlos Odonnell,

hermano de Enrique, era el elegido en propiedad, se alteraron siniestramente los ánimos, y Campoverde se apoderó del bastón en esta calidad á ruego de la junta y demás autoridades populares.

Reconocido al favor de la opinión, que tanto le distinguía, convocó un nuevo Congreso del principado, el cual se reunió el día 2 de Marzo para disolverse muy pronto á consecuencia de los choques que se originaron con la junta provincial, sin dejar de sí más memoria que el nombramiento de otra junta para el desempeño del gobierno económico.

Entretanto el solo nombramiento de Campoverde, devolviendo la confianza al ejército y al paisanaje, había quizá evitado la completa disolución de las tropas y que Tarragona cayese de rebato en poder de Macdonald, cuando, sobre la impresión de la entrega de Tortosa, se acercó á ella el día 10 de Enero. Viendo el mariscal las cosas en otro estado, se alejó camino de Lérida para concertar con Suchet la continuación de las operaciones.

Suchet se había vuelto á Aragón después de asegurar su conquista de Tortosa, con la toma del castillo del Coll de Balaguer, que se levanta sobre una angostura en las montañas que dan á la marina, fortificando el puerto de la Rápita en la embocadura del Ebro y situando las fuerzas de Musnier, Palombini y Habert sobre ambas orillas del río. En Zaragoza se ocupó de perseguir las partidas que en su ausencia se habían metido en su distrito, particularmente las de Mina, el Empecinado y Villacampa, hasta que nuevas órdenes de Napoleón le encargaron de proseguir la obra tan venturosamente empezada en Tortosa.

Satisfecho de esta operación, encomendábale el sitio de Tarragona, confiriéndole al efecto el mando de gran parte del ejército de Cataluña y de la porción meridional de su territorio, sin cuidarse de si con eso resentiría á Macdonald, que era superior en categoría á Suchet, no elevado todavía á mariscal. Quedaba aquél reducido á conservar á Barcelona y recuperar los puntos fuertes que teníamos en la alta montaña hacia los Pirineos.

Partió con esta bochornosa misión el 26 de



Marzo de Lérida para la capital del principado, yendo escoltado por la división de Harispe, de unos diez mil hombres. Al llegar á Manresa, enojados por el toque de somaten que habian hecho á su aproximacion los campanarios, ó por satisfacer antiguos rencores, ó por el incentivo del saqueo á que convidaba el abandono casi en masa de la poblacion por los moradores, le prendieron fuego á su misma presencia, pues lo contemplaban desde alguna distancia. Setecientas ú ochocientas casas fueron reducidas á pavesas, desapareciendo en ellas algunos templos y fábricas que constituian la riqueza y el porvenir de aquella ciudad. «Macdonald, situado en las alturas de la Gulla, á un cuarto de legua, presenció el desastre, y dejó que ardiese la rica y antes afortunada Manresa sin poner remedio.» Llenos de coraje los soldados de Sarsfiel y el baron de Eroles, que los iban siguiendo, cargaron sobre la retaguardia enemiga y la arrollaron, sin cesar de hostilizarla en su marcha hasta Barcelona, donde entró con mil hombres ménos. Pero esto no podia acallar el clamor de Cataluña entera contra los incendiarios, y Campoverde, no ménos indignado que los pueblos, publicó inmediatamente una proclama ofreciéndoles represalias. «No ha limitado su atrocidad este general, decia, á reducir á cenizas una ciudad inerme y que ninguna resistencia le ha opuesto sino que, pasando de bárbaro á perjuro, no ha respetado el asilo de nuestros militares enfermos, transgrediendo la inviolabilidad del contrato formado desde el principio de la guerra» (entre Saint-Cyr y Reding). Concluia con una orden á toda la gente armada de no dar cuartel «á ningun individuo, de cualquiera clase que sea del ejército francés que aprehendan dentro ó á la inmediacion de un pueblo que haya sufrido el saqueo, el incendio ó asesinato de sus vecinos..... y adoptaré (añadía) y estableceré por sistema en mi ejército el justo derecho de represalia en toda su extension.» Poco tardó el imprudente mariscal en conocer cuán torpemente habia autorizado aquel acto de barbarie, indigno del general de una nacion civilizada. Antes de que Macdonald entrase en Barcelona, hizo Campoverde una de las muchas tentativas que se emprendieron desde el año 8

para tomar á Barcelona, en virtud de secretas inteligencias con los moradores. Esta, no más afortunada por la vigilancia del gobernador Mathieu, produjo sólo algunos nombres más en el catálogo ya numeroso de las victimas generosamente inmoladas á esta empresa que debia salvar á toda Cataluña de la dominacion francesa.

En cambio se apoderaron nuestras tropas de la inespugnable fortaleza de Figueras, aunque no por efecto de maniobras militares, sino por uno de esos rasgos de patriotismo y abnegacion que caracterizan aquella época. Tres muchachos apenas salidos de la adolescencia, dos de los hermanos Ginés y Pedro Pou, y el otro su cuñado Juan Marqués, concibieron esta empresa, que sólo su imaginacion juvenil pudo presentarlos probable. Puestos en relacion con el guardaalmacen del castillo por efecto del tráfico á que se dedicaban, en una visita por las murallas á que éste les convidó despues de un almuerzo, concibieron la temeraria idea de entregar la plaza á nuestro ejército. El medio fué sujetarse á servir de criados del guardaalmacen con conocimiento de Campoverde, tomar en cera el molde de las llaves de la poterna para hacer otras en Olot, y ponerse de acuerdo con los partidarios para introducirlos furtivamente en el castillo por los almacenes.

El riesgo cierto á que exponian su vida si eran descubiertos en el proyecto, y el malogro de varias tentativas que en el espacio de trece meses se hicieron para acercarse á la plaza fuerzas nuestras, no los arredraron de su realizacion. Al fin, en la noche del 10 al 11 de Abril, convenidos con los brigadieres Martinez y Rovira, salió Ginés Pou á dos leguas para conducir con las necesarias precauciones la gente del primero á la puerta del foso que da al almacén principal, donde los esperaba el Pedro, mientras Marqués estaba de observacion en la plaza. Penetrando así en los subterráneos las dos partidas, que no pasaban de ochocientos hombres, se derramaron por la muralla, apoderándose de los puntos principales, y en ménos de una hora la guarnicion francesa del castillo y la ciudad, fuerte de mil trescientos infantes, habia sido rendida y ondeaba de nuevo el pa-



bellon español en la intomable fortaleza. Los tres muchachos que habian prestado tan señalado servicio se negaron á recibir las recompensas que se les ofrecieron, y el infeliz Marqués, cuando los franceses volvieron á apoderarse de Figueras, expió en el patíbulo el delito de su patriotismo.

El baron de Eroles se habia posesionado al mismo tiempo de los fuertes enemigos de Olot y Castellfollit, con lo que tanto se alborotaron los catalanes juzgándose en visperas de verse libres del yugo francés, y tanto se aterraron los enemigos, que Macdonald escribió á Suchet dando por perdida la Cataluña superior, si pronto no se le socorria. Sin embargo, Campoverde, ó por falta de recursos ó por descuido, no sacó todo el provecho que era de esperar de tal suceso, limitándose á introducir tardiamente y á costa de más de mil hombres, parte de un convoy y refuerzo de gente en el castillo, ya de nuevo circunvalado por nueve mil infantes y seiscientos caballos.

Con estos accidentes, Suchet vaciló al pronto entre acceder á los deseos de Macdonald ó cumplir las órdenes del emperador respecto á Tarragona, por las cuales se decidió al fin, considerando que esta plaza, cuartel general y base de los planes de los españoles, era de más importancia que Figueras en el estado actual de guerra.

Encuéntrase á Tarragona en la costa hácia el medio de la distancia que separa á Barcelona de las bocas del Ebro, camino de Valencia. Levántase sobre una colina berroqueña quinientos piés sobre el mar, que bate sus cimientos por Mediodía y Naciente. Rápido el descenso por esta parte, cae suavemente por la opuesta hasta meter sus piés en el manso Francolí, que entra en el mar á mil quinientas varas de distancia, pasando bajo un puente de seis ojos al atravesar el barrio que por aquí se desprende de la ciudad. Rodea á ésta una línea irregular de fortificacion, en cuya base se advierten por casi toda la circunferencia, enormes peñascos, colocados como al azar, pero simétricamente, resto asombroso del antíguisimo recinto fabricado, segun unos por los fenicios y segun otros por los celtas.

Los romanos aprovecharon para cimiento de sus obras estas moles, y todos los dominadores que ha tenido esta ciudad, de origen tal vez solariego, respetaron aquellos mudos testigos de tan grande sucesion de tiempos y de imperios, al reconstruir la circunvalacion. Aunque ha venido á quedar muy irregular su trazo, se advierten tres frentes principales: el del Sur, defendido por el baluarte de San Antonio, el torreón de Criminales y el baluarte de Cervantes, pequeños los tres; el del Oeste por otros tres no mayores, Jesús, San Juan y San Pablo, que han reemplazado á lo que se destruyó en la guerra de sucesion, y el resto por la batería de Torrevalada, el baluarte Negro y cinco torreones. Unen todas estas obras cortinas por lo general débiles, y en mucha parte almenadas. Adosadas al recinto en derredor, se ven otros cinco baluartes: San Antonio, Santo Domingo, San Diego de la Puerta, el Rosario y la Cenia, sin contar el de San Clemente, que está bajo el de Criminales, y los tres de la tapia que parte del último de los nombrados hasta la batería de los Molinos, revestida en la guerra con la república francesa con muros de mampostería, en cuyo centro se levanta el cubo de Fuerte-Real. Además defienden la plaza ocho fuertes avanzados, todos resguardados de foso y con camino cubierto. Sobre las colinas que á larga distancia la rodean se veian por último, el fuerte de Loreto y el del Olivo, que tenia hechura de hornabeque, con un reducto en la parte interna superior. Todas estas obras necesitaban una guarnicion de catorce mil hombres, y Tarragona apenas tenia la mitad al comenzarse el sitio, no siendo la poblacion de más de unas doce mil almas. Era entonces gobernador D. Juan Caro, pero le sucedió luego Senen de Contreras.

Hicieron para este asedio los franceses grandes provisiones de viveres y pertrechos de sitio, que llevaron á Reus, atrincherando los almacenes para ponerlos á salvo de las algaradas de somatenes. A la primera embestida el 4 de Mayo, á pesar de la resistencia de los puestos avanzados, quedó acordonada la plaza. Campoverde voló á su socorro por mar desde Mataró y entró en ella con dos mil hombres, dejando